

Cap. V.—Las funciones psíquicas en la evolución de las sociedades.

I. De la sociología como historia natural de las sociedades humanas.—II. La formación natural de la experiencia social. (En la filogenia de las sociedades).—III. La formación natural de la experiencia social. (En la ontogenia de cada sociedad).—IV. Los resultados de la experiencia social: formación natural de las costumbres e instituciones (la moral y el derecho).

I.—DE LA SOCIOLOGÍA COMO HISTORIA NATURAL DE LAS SOCIEDADES HUMANAS

La sociología es una ciencia natural que estudia la evolución general de la especie humana y la evolución particular de los grupos que la componen. Sus «sociedades» deben estudiarse con el mismo criterio que los naturalistas aplican a las «sociedades» de otras especies animales. Las razas, naciones, tribus y todos los agregados de hombres, son colonias animales organizadas de acuerdo con las condiciones de subsistencia de la especie; su evolución en la superficie de la tierra se nos presenta como una formación natural, lo mismo que la evolución de una colonia microbiana en un medio propicio a su cultivo. El bacteriólogo describe esta última por los fenómenos que observa y trata de deducir sus condicio-

nes más generales, de igual manera que el naturalista investiga la vida colonial de las abejas, los castores o las hormigas. El sociólogo tiene igual campo de experiencia en las sociedades de hombres.

La Humanidad nos ofrece simplemente el caso de una especie animal luchando por la vida con otras y procurando adaptarse, en grupos, a un medio físico limitado: la corteza de la tierra. Como este medio físico no es homogéneo, los grupos de la especie ofrecen variedades resultantes de sus heterogéneas condiciones de adaptación, reflejadas en su organización estructural y en su desarrollo mental. Estas causas naturales determinan la desigual constitución de diversas razas; por la interferencia de otros factores innumerables, esos grupos evolucionan y constituyen las nacionalidades, que son agregados sociales transitorios frente al tiempo infinito. Razas y naciones están caracterizadas por variaciones mentales apropiadas a sus particulares condiciones de adaptación al medio en que se forman.

Es imposible comprender el origen y las funciones psíquicas sin conocer las condiciones biológicas que los determinan; seguirían siendo un misterio si no aprendiéramos a considerarlas como una función adquirida en la evolución de las especies vivas. De igual manera las funciones psíquicas colectivas serían incomprensibles si no estudiáramos la organización y estructura de las sociedades.

No podría comprenderse la *experiencia social* prescindiendo de la *estructura social*. Los problemas de la *sociología* ilustran el estudio de la *psicología social*. Son ciencias estrechamente relacionadas, como la anatomía y la fisiología. La una estudia la morfología de los grupos sociales y el desenvolvimiento de sus instituciones; la otra estudia sus funciones psíquicas de adaptación colectiva y el desarrollo de la experiencia social.

Cada agrupación de la especie humana vive y se

adapta a su ambiente natural mediante funciones psíquicas colectivas adquiridas en el curso de su evolución; considerada en su conjunto, la evolución social puede definirse como la variación de la especie humana bajo la influencia del medio en que vive. Por ser una especie viviente, está sometida a leyes biológicas; por ser capaz de vivir en agregados sociales, se subordina a leyes sociológicas, que dependen de aquéllas; por ser apta para transformar y utilizar las energías naturales existentes en el medio en que vive, evoluciona según leyes económicas, especializadas dentro de las precedentes. Esta concepción no es la corriente en las disertaciones de los sociólogos. Y se explica.

La evolución del pensamiento científico no ha sido uniforme. Los progresos de las disciplinas históricas, que cuando llegan a ser científicas tienden a confundirse con la sociología, no han corrido parejos con el desenvolvimiento de las ciencias físicas y biológicas. La razón es obvia: en la evolución universal, los fenómenos sociales ocupan un sitio posterior a los fenómenos de orden cósmico, geológico y biológico. El estudio del hombre en sus fenómenos más evolucionados, es decir, en su psicología individual y social, es necesariamente posterior al estudio de los fenómenos físicos, químicos y biológicos, que preceden a su génesis y sus transformaciones.

El devenir de la historia ha sido progresivo, como el de todos los ramos del conocimiento humano. Se han señalado en ella tres fases principales. La primera, narrativa o expositiva, trata simplemente de exponer los hechos ocurridos. La segunda, instructiva o pragmática, coordina la narración de los hechos hacia la demostración de una tesis determinada: a menudo es unilateral. La tercera, evolutiva ó genética, intenta explicar el determinismo del fenómeno histórico, su significación y sus relaciones con los otros fenómenos antecedentes,

concomitantes o consecutivos. La primera sólo se ocupa de los datos y relaciones extrínsecos de los hechos; la segunda de los intrínsecos; la tercera de ambos por igual.

La historia evolutiva o genética es ya una sociología; ésta debe convertirse en una *historia natural*. Las concepciones de la historia han sido falsas durante muchos siglos, no advirtiéndose que ella debía consignar simplemente *la evolución de una especie animal en un ambiente propicio a su existencia y reproducción*.

De las interpretaciones mitológicas, propias de todos los pueblos primitivos, se cayó en sistemas teológicos o míticos, igualmente absurdos; Bossuet fue su más genuino representante. Más tarde florecieron las teorías individualistas de la historia, pretendiendo que ella era un simple resultado de la inteligencia y de la voluntad de pocos hombres geniales; ese criterio fue extremado por Carlyle, Emerson y Macaulay, engendrando otro error: la historia biográfica. Contra ella surgieron historiadores y filósofos de valer, considerando erróneo atribuir demasiada influencia a los héroes y hombres representativos, no siendo éstos más que el producto natural del ambiente en que aparecen, condensadores de necesidades y aspiraciones que están en todo el pueblo; Buckle y Taine pusieron cimientos sólidos a esta nueva escuela. Pero se observó que las más de esas teorías eran excluyentes o aprioristas. La historia no podía petrificarse en ninguna de esas concepciones ni debía permanecer ajena a la canalización de la ciencia contemporánea en el amplio cauce del evolucionismo determinista. Después de la aplicación genial hecha por Laplace a los fenómenos cósmicos, por Lyell a los fenómenos geológicos, por Lamarck y Darwin a los fenómenos biológicos, Comte y Spencer ensayaron su aplicación a los fenómenos sociales. Ya en las intuiciones de Schelling, Hildebrand, Guizot, Thierry, Quételet, Thomson, Morgán,

Buckle, Taine y otros, se había comenzado a comprender que el hombre era, ante todo, un animal vivo, con necesidades materiales que debía satisfacer tomando su subsistencia en el ambiente donde vivía. Ese criterio puso de relieve el aspecto económico de la evolución histórica, formulándose en algunos ensayos de Marx y Engels, hasta adquirir caracteres de sistema en las obras de Loria.

Es imposible desconocer una franca orientación hacia la síntesis interpretativa de la evolución humana, antes objeto de la filosofía de la historia, y hoy de la sociología. Un progreso innegable nos separa de las primeras interpretaciones teológicas y de todos los sistemas puramente metafísicos que las siguieron; entre ellos incluimos, por igual, las concepciones idealistas o intelectualistas a la manera de Hegel o Comte, y las teorías tildadas de materialistas, como las difundidas por Buchner, Moleschott o Vogt. Concebidas fuera del método científico, fueron abstractas: iban de la inteligencia a la realidad y no de la realidad a la inteligencia. La filosofía positiva y la sociología naciente no pudieron substraerse del todo a la influencia de los métodos y tendencias filosóficas que las precedieron.

Pero la sociología no se detuvo allí. El estudio de la evolución humana se ha iniciado con métodos más seguros, aunque desde puntos de vista parciales. Cada escuela, cada autor, ve una faceta de su prisma complejo y se inclina a subordinarle todas las demás. Así Buckle, sin desprenderse de cierto intelectualismo, subordina la evolución histórica a las influencias del medio físico; otros, como Kidd, y en parte Le Bon, consideran fundamental el fenómeno religioso y sus transformaciones; Demolins atribuye influencia máxima a la topografía, creando la sociología geográfica y viendo en los grandes caminos sociales las causas de los tipos sociológicos; Ardigó entiende que lo esencial en la historia humana es la

evolución del fenómeno jurídico; otros lo subordinan todo a la raza y a la lucha por la vida, como Lapouge o Gumplowicz, o bien al factor antropológico en diversos sentidos, como Simmel o Folkmar; etc. En fin, dos vastas escuelas disputan en la sociología moderna. Por una parte los organicistas, cual Spencer, Worms, Lillienfeld, Schaffle y Novicow, obstinados en considerar las sociedades humanas como organismos y pretendiendo aplicarles analógicamente las leyes de la biología; por otra parte los economistas, como Marx, Loria, Rodgers y De Molinari, que intentan reducir la sociología a problemas de economía política.

Probablemente se equivocan todos, aunque algunos más que otros. Pero cada uno ha aportado materiales serios a la obra total; éste, un grano de arena; aquél, un sólido bloque de granito o una columna poderosa. Por esto la ciencia de la historia, sin ser aun como la química o la cosmografía, es mucho más que una alquimia o una astrología.

La evolución operada en su estudio permite apreciar la importancia fragmentaria de esa vasta labor de los sociólogos contemporáneos, aunque se los considere unilaterales e incompletos. Las disciplinas sociológicas, sin dar una pauta definitiva para estudiar la evolución biológica de la especie humana, ofrecen algunas conclusiones fundamentales y sólidos criterios normativos; su aplicación permite sacar de las habituales narraciones históricas algunos principios generales, cada vez menos inexactos.

Ninguno de esos criterios es bastante amplio para abarcar toda la evolución de los agregados sociales. El «organicismo» y el «economismo» histórico, exactos si se los considera relativamente, son falsos si se los acepta en absoluto. Una sociedad es un agregado biológico, pero no es un organismo; los fenómenos económicos son una forma evolucionada de los fenómenos biológi-

cos, hecho netamente admitido por De Molinari y De Marinis.

Las «sociedades» humanas son asociaciones de seres vivos pertenecientes a la especie hombre. Los diversos grupos en que están reunidos los componentes de la especie necesitan adaptarse a su medio y están sometidos al principio biológico de la lucha por la vida, lo mismo que los grupos de otras especies gregarias. Esa condición de vivir en grupos determina modificaciones colectivas del desenvolvimiento mental; ellas son perfectamente definidas y están subordinadas al cambio implicado en sus condiciones de adaptación y selección natural.

Este fenómeno de la asociación para la lucha por la vida no es exclusivo de las sociedades humanas.

Los bacteriólogos observan bajo el microscopio la evolución de agregados microbianos que tratan de adaptarse a su medio y luchan por la vida dentro de condiciones comunes a toda la colonia. Cada una de éstas es un grupo de determinada especie y evoluciona de acuerdo con las condiciones del medio nutritivo en que se desarrolla; cuando varias colonias viven circunstancialmente en el mismo medio nutritivo, cada grupo lucha por la vida con grupos de otras especies; ello no excluye que los individuos de un mismo grupo luchen por la vida entre sí, sobreviviendo los más adaptables a las variaciones del medio nutritivo.

Los naturalistas observan el mismo fenómeno en otras especies animales y vegetales, con las variaciones inherentes a sus particulares condiciones de existencia.

Una variación esencial es la posibilidad de vivir en colonias *organizadas*, es decir, en agregados cuyos individuos sean capaces de división del trabajo, especializándose en el desempeño de funciones útiles a todo el grupo. Esta organización social, para la adaptación co-

lectiva, modifica las funciones individuales de adaptación, produciendo una variación del desenvolvimiento mental apropiada a las condiciones colectivas de existencia.

Los individuos de cada especie alcanzan el grado de evolución psíquica necesario a sus funciones de adaptación; cuando esas funciones se hacen sociales, los grupos de la especie van desenvolviendo particulares funciones psíquicas adaptadas a ellas.

En la especie humana el fenómeno no varía. Se trata de una especie que evoluciona en un medio del cual toma sus alimentos, disputándolos a las demás especies vivas que con ella coexisten en el tiempo y en el espacio. Teniendo que satisfacer necesidades materiales para conservar y reproducir su vida, la existencia de la Humanidad está subordinada a contingencias semejantes a las que influyen sobre las demás especies gregarias. Sus variaciones están condicionadas por las del ambiente natural en que sus grupos luchan por la vida y dentro del cual se seleccionan. Las funciones de adaptación revisten en cada grupo el carácter de hábitos colectivos (*costumbres*), determinando variaciones de su organización (*instituciones*). Las primeras representan directamente la experiencia social; las segundas son el reflejo de ésta sobre la estructura de las sociedades. La variación de las costumbres e instituciones es una formación natural de la experiencia social.

En el terreno de la filosofía científica, esta interpretación biológica de la evolución humana es preferible a las diversas interpretaciones teológicas e idealistas de la historia; lleva a considerarla como un conjunto de fenómenos encadenados por inevitables relaciones de causalidad y no por finalidades independientes del mundo y de la vida. Cada hecho social tiene factores determinantes que no podrían haber dejado de producirlo y, a su vez, determina inevitablemente otros hechos socia-

les; ellos deben ser estudiados como manifestaciones muy complicadas de la evolución biológica que se opera en la superficie del planeta que habitamos: las especies vivas, entre otras funciones, han adquirido las psíquicas, indispensables para la adaptación al medio, alcanzando en la especie humana su mayor desenvolvimiento colectivo. Es tan vano pretender investigar transcendentalidades metafísicas en la evolución humana, como dar participación al azar o a un fin en la creación de la materia, de la vida y de las sociedades.

Para estudiar esa evolución conviene prescindir de todo apriorismo o preconcepto finalista, de todo prejuicio en favor de cualquier principio o dogmatismo. Sus leyes deben buscarse con los métodos comunes a todas las ciencias naturales, pues el estudio de los fenómenos sociológicos sólo permite ver en ellos el resultado último de una serie de hechos similares a los estudiados por las demás ciencias. En este sentido podrían concretarse las fórmulas siguientes, que son la síntesis de una vasta experiencia.

El hombre no es aereolito caído sobre el planeta por capricho de fuerzas sobrenaturales; es una complicada manifestación evolutiva de la vida, como ésta lo es de la materia y de la energía universal. El hombre es un sér viviente, nada más; la vida asume en él manifestaciones intrincadas hasta lo infinito, pero sin escapar a las leyes generales de la biología. Lo mismo que los demás seres vivientes, lucha por la vida para satisfacer necesidades elementales e indispensables: la conservación del individuo y la reproducción de la especie. La Humanidad, considerada como especie biológica, no tiene misión alguna que desempeñar en el Universo, como no la tienen los peces o la mala hierba: esa falta de finalidad excluye la existencia de principios éticos invariables. El resorte que pone en juego la actividad social del hombre, su conducta, es la suma de sus nece-

sidades; el conocimiento de éstas, sometido a un determinismo riguroso, es el móvil de toda acción individual o colectiva.

Ese primer punto de partida concuerda con el economismo histórico, entendido en su más amplia acepción: las necesidades materiales de la vida determinan la evolución de las sociedades humanas.

Fuerza es reconocer que los factores económicos representan las necesidades puramente biológicas de la especie humana. Son semejantes a las de toda especie viviente; las de cada agregado o grupo sociológico equivalen a las de toda agrupación estable de seres vivos, ya sea una colonia de microbios, una colmena de abejas, una manada de potros o una tribu de hombres.

Las condiciones propias de la evolución humana desarrollan algunos elementos esenciales en su lucha por la vida, entre los cuales prima la necesidad de producir los medios de subsistencia; pero este desenvolvimiento, que puede considerarse característico de la especie animal a que pertenecemos, sólo es una forma superior, muy evolucionada, de tendencias comunes a todos los seres vivos. La organización económica de las sociedades depende de necesidades puramente biológicas de la especie humana, considerada como una de tantas ramas de la polimorfa evolución filogenética.

Partiendo de esos hechos, claros y sistemáticos no obstante lo sintético de su enunciado, puede resolverse el conflicto doctrinario que perturba estos estudios. La sociología biológica permite explicar genéticamente la evolución de las sociedades humanas; el economismo histórico, lejos de ser una concepción antagónica de ella, es un modo particular de abordar sus problemas generales. Las necesidades comunes a todas las especies vivientes, la humana inclusive, determinan fenómenos regidos por las leyes de adaptación y lucha por la vida, tomadas en su sentido más lato: en ese criterio se funda

la sociología biológica, ciencia natural que reemplaza al organicismo spenceriano. Esas mismas necesidades fundamentales se modifican progresivamente en la especie humana por el incremento de la asociación en la lucha por la vida, desarrollando su organización económica y creando nuevas relaciones entre las razas que componen la especie, entre los grupos que componen la raza, entre las clases que componen el grupo y entre los individuos que componen la clase. Ese criterio englobaría al economismo sociológico o materialismo histórico.

La formación natural de las sociedades humanas se comprende reemplazando el clásico «organicismo» spenceriano por una interpretación biológica de la evolución social; las sociedades son simples «colonias organizadas para la división de las funciones sociales» y no «superorganismos», palabra tan exenta de sentido como el «epifenómeno» con que algunos psicólogos evitan explicar la conciencia cuya realidad afirman.

La sociología biológica remonta el problema a su fase general, biológica. En cambio, los sociólogos organicistas se limitan a una explicación por analogía, y los sociólogos economistas lo resuelven por el aspecto particular de la división del trabajo humano. Pero el fenómeno esencial que preside toda la evolución social es uno: las necesidades que los agregados humanos tienen que satisfacer para su doble finalidad biológica, la conservación del grupo y su continuidad. La actividad económica es simplemente su resultado. Por eso podríamos formular esta definición: *la economía política es la aplicación a la especie humana de leyes biológicas que rigen la lucha por la vida en todas las sociedades animales*. En este sentido, el economismo histórico puede interpretarse como una aplicación de la sociología biológica al estudio de la formación social: las sociedades humanas evolucionan dentro de leyes biológicas especiales, que son las leyes económicas.

Están condicionadas, en primer término, por el medio en que viven, del cual toman sus medios de subsistencia. Dentro de su medio, cualquier agregado social — raza, nación, tribu, etc.,— es un conjunto de individuos que lucha por la vida para conservar ciertas funciones (costumbres) y cierta organización (instituciones) que son una variación colectivamente adquirida dentro de la unidad biológica de la especie.

Si se intenta abarcar las diversas actividades colectivas desarrolladas por los grupos sociales, el principio de la lucha por la vida sigue rigiendo en ellos, aunque sufre modificaciones especiales.

La Humanidad, como especie biológica, lucha por la vida contra el reino vegetal y contra las demás especies animales. Eso es evidente. El hombre, como animal susceptible de asociarse en agregados o colonias, está sujeto a ciertas formas de lucha, sea como miembro de un agregado social, sea como individuo.

Tres formas de lucha por la vida son posibles entre los individuos de la especie humana: 1.^a, entre agregados sociales; 2.^a, entre agregados e individuos; 3.^a, entre individuos aislados. Dos naciones que se arruinan recíprocamente en una guerra de supremacía económica, encuéntrase en el primer caso. Un delincuente que cometa acciones antisociales, representa el segundo. Dos salvajes que se disputan una raíz alimenticia, se encuentran en el tercero.

Las formas de lucha por la vida entre los agregados sociales, así como entre los grupos colectivos que viven dentro de cada agregado, varían al infinito; sus relaciones recíprocas son constantemente diversas, debido al persistente antagonismo de intereses. Una primera causa de antagonismo nace de las desigualdades étnicas; hay luchas entre las razas, estudiadas por Gumpowicz, Ammond, Lapouge, Winiarsky; en la evolución histórica se atenúan sus conflictos, tendiendo a unificar-

se bajo la hegemonía de las mejor adaptadas para la lucha por la vida, como ha tiempo lo demostraron Colaianni, Finot, Nordau y otros. Dentro de una misma raza, la diversidad de condiciones económicas, debida a la influencia del ambiente natural, determina la formación de diversos agregados políticos; se constituyen estados distintos, apareciendo entre ellos antagonismos e intereses que son causa de las luchas entre las naciones; basta recordar los estudios de Novicow. La diversa función social de cada sexo y las necesidades de la conservación de la especie, determinan la lucha entre los sexos, analizada por Viazzi, procurando cada uno ejercer mayor autoridad sobre el otro y conquistando el derecho al amor al precio del menor esfuerzo posible. Dentro de cada agregado social, la división del trabajo determina la aparición de clases sociales que pueden tener intereses antagónicos o divergentes: aparecen así las luchas de clases, estudiadas por los marxistas. Desde otro punto de vista más estrecho, la solidaridad de intereses entre los que ejercitan una función particular engendra una lucha entre ellos y el resto de la sociedad en formas que oscilan desde el espíritu de cuerpo hasta los sindicatos económicos de capitalistas o de proletarios. Podrían señalarse cien formas especiales de lucha por la vida entre colectividades: siempre que existe una solidaridad de intereses, permanente o transitoria, hay lucha colectiva contra el resto del agregado social o algunas de sus partes. El principio darwiniano del mundo biológico se repite, bajo mil formas, en el mundo social.

La aplicación de este criterio al estudio natural de la evolución sociológica contemporánea permitirá plantear en términos inequívocos algunos problemas tratados hasta hoy empíricamente. En los agregados sociales constituidos en naciones, todas estas formas de lucha por la vida se polarizan en torno de dos grandes manifestaciones: primera, lucha de necesidades vitales entre

los diversos grupos componentes de un mismo agregado social (política interna); segunda, lucha de necesidades vitales entre los diversos agregados sociales que coexisten en el tiempo y se limitan en el espacio (política internacional). Por eso hemos podido enunciar (1) las proposiciones siguientes:

La política nacional es la expresión de la lucha por la vida entre diversos grupos que tienen necesidades vitales heterogéneas dentro de las necesidades comunes que sirven de base á la nacionalidad. La política internacional es la expresión de la lucha por la vida entre diversos agregados sociales evolucionados hasta constituir nacionalidades diferentes, con la cooperación del medio físico y de la raza, o sin ella.

Cada una de esas formas particulares de «lucha por la vida» determina variaciones especiales de la «asociación para la lucha», implicando adaptaciones apropiadas de la mentalidad colectiva: otros tantos aspectos de la psicología social.

Esta nueva manera de plantear los problemas de la sociología importa definir un nuevo método para estudiar la evolución de las sociedades humanas. ¿Cómo coordinar sistemáticamente los hechos para conocer las leyes de las variaciones funcionales y estructurales que se operan en el curso de la historia de la especie?

El punto de vista general y, por ende, filosófico, es ajeno a las preocupaciones descriptivas y analíticas de los cronistas o historiadores, no obstante servirse de sus datos, en cuanto ellos consignan hechos reales y no cuando traducen sus sentimientos o creencias, que es lo común.

Observar los hechos es la base de toda ciencia natural; pero los hechos no constituyen la ciencia. Para conocer sus leyes más generales y sus relaciones más

(1) Ingenieros: *La Evolución Sociológica Argentina*, 1910.

constantes, son indispensables dos actividades intelectuales cuyos resultados se complementan. La sociología no puede interesarse en la crónica de los hechos particulares, sino para determinar sus leyes; el sociólogo no es un coleccionista de datos, sino su interpretador. Mientras la abstracción y la generalización no permitan diferenciarlos y agruparlos después según sus semejanzas, una crónica constituye una experiencia empírica y no un conocimiento científico; el análisis de los hechos y la síntesis de ese análisis son dos procesos necesarios para sistematizar los datos de esa experiencia. Los analistas escrutan y preparan los materiales que más tarde unifican los sintetizadores. El examen objetivo y prolijo de los fenómenos parciales constituye la primera etapa, la narración histórica; su fusión en generalizaciones sintéticas representa la finalidad del proceso, la interpretación sociológica. El análisis no completado por la síntesis, es una función incompleta; la síntesis no precedida por un análisis suficiente, suele ser arriesgada y estéril. De la armonía entre ambas operaciones resulta el equilibrio que aproxima las hipótesis a la realidad.

Ese es el camino seguido en la formación natural de todas las ciencias. Hay bacteriólogos y naturalistas que observan la realidad, en sus detalles, y también los hay que buscan las leyes y principios generales de lo observado. De igual manera la historia natural de la especie humana tiene cultores analíticos, que son los cronistas e historiadores, y tiene intérpretes sintéticos, que son los sociólogos y filósofos de la historia.

La aplicación de principios biológicos generales al estudio de la evolución social permitirá desentrañar sus leyes. La sociología biológica es esencialmente *genética* (1) y estudia la evolución de las costumbres e insti-

(1) Designación que le hemos dado desde 1900, con anterioridad á los estudios homónimos de Baldwin y Cosentini.

tuciones sociales desde puntos de vista netamente definidos.

1.º En la filogenia social se estudiarán las variaciones de organización y mentalidad de las sociedades humanas, partiendo de los pueblos primitivos hasta llegar a las sociedades civilizadas. Será una historia de las instituciones y creencias de las razas y de los pueblos, considerados como eslabones evolutivos en una serie continua que es la evolución natural de la especie humana en la superficie de la tierra.

2.º En la ontogenia social se observará aisladamente la formación natural de cada grupo o agregado (familia, tribu, nación, etc.), desde su organización como sociedad diferenciada de las restantes hasta su disolución histórica. Será una historia particular de las instituciones y creencias de cada unidad caracterizada por determinada estructura y mentalidad dentro de la especie.

3.º El estudio comparativo de la filogenia y la ontogenia sociales permitirá confirmar, en general, la ley de correlación biogenética que rige en toda la evolución biológica. Las instituciones y creencias de una sociedad resumen las que las han precedido en la evolución social, si no difieren las condiciones del medio y la raza; en las diversas clases sociales coexistentes en una sociedad permanecen estratificadas las etapas recorridas en la formación natural de su experiencia.

II.—LA FORMACIÓN DE LA EXPERIENCIA EN LA FILOGENIA DE LAS SOCIEDADES

Una especie que sigue viviendo en un medio que evoluciona no puede permanecer invariable. Los grupos de una especie que viven en medios heterogéneos no

pueden variar de idéntica manera. Las variaciones del ambiente natural determinan su variación en el tiempo; las diferencias de ambiente en una misma época determinan su diferencia en el espacio.

Esas condiciones biológicas se realizan para la especie humana. Las variaciones de organización y mentalidad son numerosas en la evolución humana: son siempre correlativas. A medida que la estructura de los agregados sociales se perfecciona para facilitar su adaptación colectiva a las condiciones del medio (morfogenia social), nuevas funciones mentales colectivas se van diferenciando, reflejándose en creencias cada vez mejor definidas (psicogenia social).

No podría ser de otra manera. La evolución de las sociedades humanas sigue un proceso análogo al señalado en la evolución de las especies animales. La adquisición y el desenvolvimiento progresivo de las funciones psíquicas en la evolución filogenética, nos muestra que las especies vivientes van constituyendo su experiencia mental hasta llegar a la especie humana. Forma y función, morfogenia y psicogenia, se constituyen de consuno, permitiendo a las especies vivas adaptarse incesantemente a las condiciones variables del medio en que viven. El grado de evolución mental alcanzado por cada especie biológica corresponde a determinadas modificaciones de su estructura orgánica y, especialmente, a la formación genética del sistema nervioso en cierta jerarquía de la filogenia animal.

La existencia de caracteres mentales colectivos puede observarse en otras sociedades animales, antes que en las humanas. Todos los grupos de especies cuyos individuos se agrupan en sociedades, adquieren una mentalidad social representada por costumbres (hábitos colectivos) anteriores a la experiencia de cada individuo; cada nuevo componente del grupo adapta a ellas su experiencia individual. Espinas ha estudiado las formas

elementales de las funciones psíquicas colectivas en las sociedades animales; se cuentan por docenas las monografías empíricas, desde las «Bucólicas» de Virgilio hasta la «Vida de las abejas» de Maeterlinck.

En la evolución de las «sociedades» humanas—en la expresión más general del término—sus diversos grados de mentalidad se traducen por diferentes creencias o costumbres.

El estudio genético de sus formas iniciales es imposible. Debería remontarse a los primitivos «hominidos» (Ameghino), reconstruyendo la formación natural de sus hábitos colectivos, tarea que escapa a la experiencia actual y posible. Las etapas de la primitiva asociación de nuestros ascendientes puede presumirse dentro de vínculos familiares, según se desprende del origen de las instituciones domésticas; todo lo que se diga al respecto es forzosamente hipotético. Los pueblos salvajes que pueden estudiarse en la actualidad están ya muy evolucionados y nadie podría afirmar que no han tenido contactos con otros más civilizados. Ello no obsta para que, en principio, el método a seguir sea rigurosamente genético, colmando con hipótesis legítimas las inevitables lagunas de la experiencia.

Sin detenernos a comentar las diferencias que existen entre una raza, un pueblo, una nación y una «sociedad» (1), nos limitaremos a afirmar dos premisas generales, suficientes para nuestro objeto: 1.^a Todo grupo de hombres que viven adaptados a condiciones similares de vida, presenta ciertos caracteres psíquicos semejantes que constituyen su psicología social. 2.^a La mentalidad colectiva de todo grupo de hombres evoluciona a medida que la organización social se modifica.

Lazarus y Steinthal entrevistaron claramente esos principios; ellos observaron que ciertas razas o pue-

(1) R. Worms: «Philosophie des sciences sociales». Volumen I, capítulo II.

blos mantienen bien definidas ciertas aptitudes y caracteres mentales a través de las variaciones de su historia política. La observación es exacta si se hacen dos reservas. En primer lugar, las diferencias entre las razas o pueblos son relativas y oscilan dentro de los límites propios de la mentalidad de la especie; en segundo lugar, el desarrollo psíquico de cada raza o pueblo es evolutivo y sus características varían si sus condiciones de adaptación son variables en el tiempo o en el espacio (1).

La psicología étnica es ya una rama bien desarrollada de la psicología social. Darwin (2) dejó páginas magistrales sobre el desarrollo mental de las sociedades primitivas y salvajes, señalando la correlación entre la estructura rudimentaria de esos grupos sociales y sus representaciones psíquicas colectivas. La diferencia entre los pueblos civilizados y los actuales pueblos salvajes estudiados por los etnólogos, deben ser menores que las existentes entre ellos y los pueblos primitivos; a pesar de eso, es evidente la enorme desigualdad mental colectiva que existe entre cualquier tribu de negros centroafricanos y un club de caballeros londinenses.

La evidencia de esos hechos ha impreso un vigoroso impulso a los estudios de etnología genética y comparada, durante el último siglo, especializándose algunos autores en el estudio comparativo de su desarrollo mental (3).

(1) Por no haber hecho esas dos reservas se resiste Max Nordau a aceptar que existe una psicología étnica. «Sentido de la Historia», cap. III.

(2) Darwin: «La Descendencia del Hombre», caps. V y VI.

(3) Waitz: «Antropología de los pueblos primitivos»; Fr. Schulze: «Psychologie der Naturvolker»; Letourneau: «La Psychologie étnique»; Romanes: «La evolución mental en el hombre»; Baldwin: «Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental»; Le Bon: «Lois Psychologiques de l'évolution des peuples»; Sergi: «L'evoluzione umana, individuale e sociale»; Matteuzzi: «Les facteurs de l'évolution des peuples»; Ratzel: «Las razas humanas»; Deniker: «Las razas humanas»; etc.

Las sociedades humanas se han sucedido en el tiempo, lo mismo que las especies biológicas, adaptándose progresivamente a las condiciones de vida propias del ambiente natural, mediante el desarrollo de sus funciones psíquicas colectivas. Y así como diversas especies biológicas coexisten en la superficie de la tierra, sociedades humanas diversamente evolucionadas coexisten al mismo tiempo en las distintas partes habitables del planeta. Esas condiciones hacen posible una psicología comparada, estudiando los restos dejados por las razas primitivas desaparecidas o los caracteres de las que aun persisten, en relación con las sociedades civilizadas. Sus primeras conclusiones convergen hacia una ley general: las variaciones estructurales de las sociedades corresponden a las variaciones de la mentalidad colectiva, al perfeccionamiento evolutivo de la función.

Entre las restauraciones de la psicogenia social merecen indicarse especialmente las de Wundt y Levy-Bruhl.

El primero, desde sus estudios iniciales, había indicado la necesidad de completar los resultados de la psicofisiología con los del método histórico y comparativo. Tras una reposada elaboración, su obra ocupa ya un sitio preeminente en la psicología étnica (1). Estudia las funciones mentales colectivas que se van formando en el curso de la evolución social: el «lenguaje», instrumento de comunicación entre los miembros de una sociedad; el «arte» y el «mito», representaciones empíricas del mundo y de la vida; la «costumbre», forma colectiva de la conducta. Esas cuatro funciones constituirían los dominios propios de la psicología étnica. Concuerda con Tarde en que la explicación de los fenómenos sociales debe ser psicológica, pero tiene de la psicología una concepción enteramente distinta. Sus ideas han te-

(1) Wundt: «Volkerpsychologie» (2.^a edición, cinco volúmenes; 1900 a 1909. Falta el volumen sexto).

nido un desarrollo particular en los estudios de Lamprecht, que ha ensayado aplicarlas a la interpretación de las sociedades modernas, afirmando que la historia es, en primer término, una psicología social (1); coincide con Tarde en correlacionar las diversas etapas de la evolución mental con formas especiales de la organización económica. Esta circunstancia es legítima para la sociología biológica, por cuanto la estructura económica y la mentalidad colectiva son las expresiones naturales de las mismas causas biológicas, determinando, por una parte, la variación estructural, y por otra, la funcional.

Los resultados de la experiencia social son estudiados por Levy-Bruhl con el nombre de representaciones colectivas (2); sus leyes pueden encontrarse comparando las de las sociedades primitivas con las de las más evolucionadas. Las reconoce por los siguientes caracteres: son comunes a los miembros de un grupo social dado, se transmiten de generación en generación, se imponen a los individuos despertando en ellos determinados sentimientos. Su existencia es independiente del individuo; no porque impliquen un sujeto colectivo distinto de los individuos que componen el grupo social, sino porque ellas se presentan con caracteres que serían inexplicables considerando a los individuos aisladamente. Así un idioma, aunque en rigor sólo exista en la mente de los individuos que lo hablan, no deja de ser una indudable realidad social fundada sobre un conjunto de representaciones colectivas; ella se impone a cada uno de esos individuos, preexiste a ellos y les sobrevive.

Comte ya había señalado la necesidad de estudiar las funciones mentales superiores mediante el método

(1) Lamprecht: «Moderne Geschichtswissenschaft».

(2) Levy-Bruhl: *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*.